

La Conversión de la Magdalena, del P. Malón de Chaide

(INTRODUCCION HISTORICA A SU ESPIRITU Y DOC-
TRINA. PARA UNA EDICION CRITICA. POR EL DOCTOR
H. LANGENEGGER)

Traducción

POR

LOPE CILLERUELO, O. S. A.

ADVERTENCIA.

En las siguientes páginas se pretende, por primera vez, presentar un cuadro uniforme y conjunto de la evolución intelectual, cultura, singular obra duradera y ambiente espiritual de un hombre siempre famoso, pero rara vez estudiado, de un contemporáneo de Santa Teresa de Jesús. Debo adelantarme a pedir indulgencia a los que viven al corriente en estos asuntos, ya que hube de llevar a cabo mi empresa privado de la dirección de un entendido. Tan sólo algunos, a quienes pude consultar, me ofrecieron un consejo útil o me brindaron información. Entre ellos, he de mencionar en primer término al Hon. P. C. Mohlberg. Igualmente agracedido estoy a la Biblioteca Central de Zürich, que me aligeró con generosa deferencia el no pequeño trabajo de inspeccionar personalmente la literatura escolástica. También he de dar las gracias por los alientos que he recibido de algunas amistades, tanto más necesarios cuanto que no siempre pude hallar un notable y real interés en mi trabajo. Me siento reconocido en especial al

Prof. A. Steiger, a cuya finura debo el haberme iniciado en el ambiente espiritual de España, extraño antes para mí.

INTRODUCCIÓN.

Al estudiar la *Conversión de la Magdalena*, de nuestro agustino, hube de apartarme por necesidad del método corriente en tales casos. Las condiciones en que desempeñé mi cometido son, a mi parecer, muy especiales. He podido verificar que aquí faltan las imprescindibles investigaciones sobre las fuentes. Sin ellas, un estudio crítico-literario corre el riesgo evidente de entrar por un camino notablemente desviado de la verdad histórica, y, con ello, también de la psicológica. Podría recordar, por ejemplo, el consabido caso de interpretación psicológica con que se considera el empleo del *Cantar de los Cantares* en la literatura mística. El gran problema aquí es saber si en los nuevos místicos (es decir, desde casi el principio de la Edad Media) hemos de realizar, en realidad, los conceptos eróticos del texto primitivo, en su significado original y fuerza sugestiva, o si no hay en ellos otra cosa que clisés estereotipados, puramente intelectuales, propiedad de la expresión mística. En este segundo caso habríamos de empezar por prescindir libremente del análisis psicológico, y el último fin sería, también aquí, el último axioma de toda crítica: averiguar hasta qué punto un autor ha sabido comenzar un asunto ya tratado, no importa de qué índole (1).

Hay que advertir aquí que en el caso de Malón de Chaide es casi absoluta la falta de tales genuinas informaciones históricas. Verdad es que no he podido consultar dos estudios, al parecer importantes: *Fr. Luis de León y la Filosofía del s. XVI*, de Fr. Marcelino Gutiérrez. Madrid, 1885 (2), citado por Menéndez y Pelayo, y *El P. Malón de Chaide*, de Rafael del Arco, 1919. Del artículo, regularmente amplio, de Hurtado de Mendoza y de la Enciclopedia Espasa (Cfr.) apenas pueden sacarse por-

menores aclaratorios, tales, por ejemplo, como se hallan en la biografía de San Juan de la Cruz, de Baruzi. También Catalán, en su *Historia de la Universidad de Zaragoza* (2 vol.), de quien cabría esperar algo preciso, al estilo en que Franz Ehrle sabe agotar los documentos de un archivo universitario, nos deja totalmente decepcionados. Habla un par de veces del «hábil, maravilloso escritor, del teólogo de fama mundial, que como profesor ejerció una duradera influencia sobre la vida espiritual de la Universidad, en la que trabajó durante algunos años». Pero en vano se esperan los detalles para probar o, por lo menos, para justificar tales expresiones. Menéndez y Pelayo, en sus *Ensayos Literarios* y en su *Historia de las Ideas Estéticas*, nos da finamente, como suele, magníficos pero escasos juicios acerca de nuestro autor. He de reconocer de buen grado que esas pocas frases me brindaron la ocasión de emprender este estudio. Pero hubiéramos esperado algo más de un tal maestro en la investigación de la literatura. Las obras de los literatos e historiadores de la religión o de la Iglesia, no españoles, especializados en la mística española, nos decepcionan totalmente, y sin exceptuar el *Dictionaire de Theologie Catholique*, de Vaccant-Mangenot, y el alemán *Kirchenlexikon*. Mi curiosidad se ha ido acentuando al comprobar un tan obstinado silencio en la revisión de algunas de las obras más significativas que tratan estos asuntos. Ni siquiera el nombre de nuestro agustino he podido encontrar en E. Underhill, Mateisen, Allison Peers, etc. El *Nomenclator* de Hurter nos decepciona de igual modo. Quizá ello se deba a que no poseemos ningún libro latino de Malón de Chaide. Pero el silencio maravilla aún más cuando en los pocos lugares, escritos por manos autorizadas, encontramos elogios que parecen casi exagerados de la *Conversión de La Magdalena*. Hasta a nosotros nos parecen exagerados, aun reconociendo expresamente que es muy elevado su valor

literario y artístico, influídos por el universal aprecio que se hace del estilo barroco en el arte y en la piedad.

En la elección de asunto concreto para mi investigación, me pareció bien remontarme hacia la historia y el origen de las ideas de Malón de Chaide; es decir, el introducirme en la influencia capital de la Patrística y de la Escolástica y de la antigua Filosofía. Para mí eso es más importante que el buscar paralelos en la Mística española de aquellos tiempos, cuya utilización es harto dudosa y, en todo caso, sumamente difícil de comprobar en nuestro autor. Porque esos contemporáneos recurren en gran parte, aunque sea de modo indirecto, a las mismas fuentes antiguas. Además, no hemos de olvidar que Malón de Chaide, como casi ningún otro, parece haber tenido, como teólogo científico, una celebridad mayor que casi todos ellos. Siempre es más seguro señalar los nombres, que Malón va citando al atento lector, si bien los entendidos descubrirán en este piadoso y apasionado escritor, buen hombre del Renacimiento y buen español, huellas de la Academia neoplatónica florentina, totalmente silenciada por él. El cometido de dar las fuentes atañe más bien a una edición crítica y comentada de la *Conversión de la Magdalena*. En este lugar, en que yo he colocado mi tema en primer término, habría de dar un análisis psicológico, dejando a un lado el psicoanálisis, más o menos conforme al esquema clásico; es decir, en conformidad con las categorías de mi cosmovisión. Del psicoanálisis he prescindido en absoluto, ya que los métodos y éxitos de ese arte, en cuanto puedo realizarlos, me parecen harto superficiales para dar explicación y sentido a un complejo metafísico que es con frecuencia tan sutil. Además, no tengo tiempo, ni preparación, ni experiencia, ni salvoconducto para meterme por mi propia cuenta en ese camino. La monografía que Kielholz dedicada a Jacob Böeme me ha hecho ver de un modo especial el riesgo. El pegar

etiquetas de un modo puramente exterior, aunque científico, nunca podrá decir gran cosa acerca del fondo de los fenómenos problemáticos. Tampoco el fino libro de Pfister sobre *La piedad del Conde Ludwig von Zinzendorf* ofrece nada aprovechable para nuestro objeto. Un «hombre de carne y hueso», tan sincero, tan sano, a pesar de toda su preocupación de ultratumba, tan firmemente apoyado en la vida y terrena realidad, tiene propiamente muy poco que ver con los tipos pervertidos y casi psicópatas, al estilo de los héroes de Pfister.

Con esto no quiero dar la impresión de que me obstino en no ver el éxito de tales investigaciones psicoanalíticas; pueden obtener alguna vez éxito, sobre todo con un método modificado, por ejemplo, en el sentido de C. G. Jung. Mi objeto en las indicaciones que preceden (pues bien sé que un tal trabajo será de un alto valor) es: poner de relieve, junto al esquema sistemático, todas las posibles indicaciones de valor, que más que otras ponen a la vista la «sensación» del ambiente y de la espontaneidad, y dar, si es posible, aclaraciones terminológicas e históricas para descubrir de ese modo cuál es lo que nuestro teólogo español tiene de propio en el barroco y cuál es lo que debe ponerse en la cuenta de la tradición eclesiástica y, principalmente, en la del barroquismo. De todos modos, he de confesar aquí que en el curso de mi investigación, según he ido apreciando mejor el volumen de la herencia tradicional, la primera categoría se ha ido empequeñeciendo mientras que la segunda, la de la tradición, se ha ido destacando poderosamente. Tales obras suscitan con su lectura una segunda impresión; a saber: cuanto más viva es la cultura del escritor, en el caso de que efectivamente tenga algo propio, más va desapareciendo en la discusión con otra y encontradas opiniones. Los puntos de vista propiamente sistemáticos y dogmáticos van faltando más y más, y hay que buscar lo esencial en el debate con las opiniones y creencias ajenas Y aun-

que una tal polémica está harto influida por la tradición, todavía nos hace ver que no puede dejarse simplemente a un lado, sino que lleva en sí un fuerte sentido personal. Es que la guerra es madre de todas las cosas, aun de la personalidad.

Así mi estudio podrá ser también preparatorio e introductorio para una edición, comentada con notas críticas e históricas, de la *Conversión de La Magdalena*. Todavía hoy, después de treinta y cinco años, no existe, a pesar de las esperanzas que hace concebir el pródigo elogio de Menéndez y Pelayo a esta obra.

BIOGRAFÍA (3).

Pedro Malón de Chaide nació hacia el año 1530 (4), en la ciudad de Cascante, diócesis de Tarazona, provincia de Navarra. Muy joven debió entrar en la Orden Agustiniiana, en el convento que la Orden tenía en Salamanca, y allí pronunció sus votos, el año 1557. Por entonces se hallaba en aquel convento Luis de León, que hizo allí su profesión, el año 1544. No puede aceptarse sin más que éste fuese, como dice Hurtado y Palencia, profesor de Malón, puesto que en 1560 fué promovido a Maestro de Teología. El asunto necesita, pues, una prueba documental más precisa. También Malón de Chaide fué promovido a la Teología, pero no he podido averiguar en qué año (5). Dentro de los cuadros de la Orden, enseñó esa ciencia en la Universidad de Zaragoza, y quizá también en la de Huesca. En la obra que de él nos queda y que estudiamos, la *Conversión de La Magdalena*, nos dice: «nuestro bravo y cortés español San Laurencio, en cuya vigilia y en cuya ciudad yo escribo agora estas palabras...» Podrían ser ambas ciudades, y también Córdoba, donde Lorenzo vivió y padeció. No es seguro que Malón de Chaide haya enseñado en esas dos ciudades universitarias, y los datos del editor anónimo de la *Conver-*

sión de la Magdalena, en la B. A. E. (Pi y Margall), como los de Hurtado de Mendoza, pueden estribar en esa indicación (6). El año de su muerte se coloca generalmente en el año 1589, en Barcelona (7). La obra a la que en primer término debe su celebridad, la *Conversión de la Magdalena*, se publicó, según la noticia de Pi y Margall, por primera vez en Alcalá, en 1592, a la que siguieron otra en 1598, y una tercera en 1601, y otra quizá subrepticia en 1598, en Barcelona (8). No he podido hallar más datos de su biografía, fuera de la pequeña noticia (374 B) «de los higos tempranos, que es fruta regalada y tierna, y de cuyo sabor gusto mucho». De sus productos literarios tan sólo ha llegado a nosotros la *Conversión de la Magdalena*, de la cual se deduce, por diversas alusiones del Autor (junto a la anotación sobre San Lorenzo, que hemos citado. Cfr. 383 B 23... «... y había poca agua en el Ebro para lavarse...»), que se escribió en Zaragoza. Malón de Chaide nos indica que tiene todavía algunos tratados más, en parte ya en ejecución y en parte en proyecto: un *Tratado de todos los Santos* (Cfr. p. 353 A 34, 389 a 35) y un *Tratado del Santísimo Sacramento* (Cfr. 353 a 34, 389 a 25). Pero al parecer no se ha conservado ninguno de ellos, a no ser que, según una noticia no probada, hayan sido incluídos en parte en las obras de alguno de sus amigos (9). Muchas anotaciones históricas y literarias, sobre las que pienso extenderme en una introducción a la edición crítica de la *Conversión de la Magdalena*, indican que la obra fué terminada en su ancianidad, desde luego después de los cincuenta años de edad, y quizá poco antes de su muerte (10).

RELACIÓN DEL AUTOR CON SU LIBRO.

Si esa constatación es aceptada por válida, nuestro Autor escribió su libro en la ancianidad, más o menos,

de los cincuenta a los sesenta años. En el prólogo dirigido al lector, nos dice que lo ha compuesto «después de haber gastado muchos años en pensallo y hinchido muchos libros en escribillo»; pero lo trata como a su Benjamín, como pudiera el mismo David tratar al Kohelet, como hijo menor, y que ya no quiere escribir más. Por eso advierte al curioso lector «no busques más, que no sacarás sino cansancio. No te vayas tras cada novedad ni vueles tras cada libro que saliere, que nunca cabarás, porque *faciendi plures libros nullus est finis*». También avisa de que lo que él tiene que decir no es nada nuevo, pero se consuela pensando que, puesto que el espíritu humano se encapricha tanto con las novedades y éstas nunca se agotan, él ofrece en lugar de novedades materiales un nuevo estilo para acomodarlo a su gusto. Por ese medio puede cualquiera escribir un libro. El suyo tampoco está escrito para los sabihondos, que todo lo critican y están al corriente de todo, como Carnéades o como los sofistas Hipnias y Gorgias. Temiendo «la nativa arrogancia destos hombres infames sin virtud, destos mofadores. murmuradores» ha retenido su libro sobre María Magdalena: «como cosa dina de olvido, se han dormido muchos años en mi secretario». Pero sin duda, aunque inconfesado, eso se debió a que la censura de la Inquisición dictó pocos años antes (hacia el 1575) nuevas y muy enérgicas medidas para los libros místicos y ascéticos escritos en lengua vulgar, y aun los había prohibido sencillamente, como también las traducciones de la Biblia. Eran las fácilmente comprensibles medidas de defensa contra la avasalladora influencia de la Reforma y de los alumbrados. Malón de Chaide, como hombre sagaz, retuvo su obra hasta que la prohibición inquisitorial fué pasando al olvido un tanto, y él pudo asegurarse de que ni él ni su libro serían molestados. La dura suerte de su maestro Luis de León pudo servirle de enseñanza. Esa reflexión es suficiente, sin la modestia, para que su obra, como él dice,

se mantuviese oculta durante largos años en su escritorio como cosa insignificante; la dió a la publicidad cuando cayó en manos de sus superiores y bajo su mandato. Sólo que aquí surge una duda en relación con la rectitud de los datos cronológicos que tengo a mi disposición. En efecto, de lo dicho parece desprenderse que él mismo preparó la primera edición. Pero esa edición salió a luz tres años después de su muerte (11).

Aquí se contiene la famosa defensa de la lengua española, que puede verse en casi todas las antologías de prosa castellana, contra los filisteos y pobres de espíritu, que mantienen la convicción de que tan sólo el latín es apropiado para decir cosas tan altas como él tiene intención de decir, y de que no deben caer en manos del pueblo ignorante tales escritos espirituales, por el inminente peligro de las falsas y heréticas interpretaciones. A eso objeta él sencillamente que el latín fué en su tiempo el lenguaje popular y que entonces todo el mundo lo podía leer.

AMBIENTE INTELECTUAL DEL AUTOR.

Lo que *a priori* y en cierto sentido más nos impresiona en nuestro Autor es que, junto a las numerosas citas de San Agustín, dé preferencia a los filósofos paganos. Y por cierto, en la dirección neoplatónico-pitagórica, que se nos presenta como casi general en el cuatrocientos, en la época que la Academia platónica reina en Florencia, en un Ficino o en un Pico de la Mirándola. La preferencia por una determinada corriente de ideas no debe tomarse como especialmente característica de Malón de Chaide; es herencia de todos los escritores de su clase, no sólo en la España cristiana, sino también en la Escolástica y Mística del Islam, que recurren a esas mismas fuentes (12). Junto a Platón, Plotino y Aristóteles hay que colocar los Himnos Orficos y, en especial, la literatura Hermética,

como la más destacada y antigua coronación de la verdad para el pensamiento idealista y místico. Esa constatación ha de verificarse al través de toda la Escolástica de la Edad Media, especialmente por lo que atañe a la literatura hermética, protegida por el prestigio del platónico Apuleyo de Madaura, bajo cuyo nombre corría uno de los más relevantes tratados herméticos en traducción latina y que la utilizó sin límites. Pero hay que decir que tal estado de cosas perdura todavía durante todo el siglo xvi. El Renacimiento italiano del platonismo influyó en esa dirección de la Mística española que se aprecia en Luis de León y en su discípulo Malón de Chaide, como influyó en la severa escuela filosófica que, fundada por Francisco de Vitoria y acentuada expresamente en el sentido de la herencia tradicional, condujo a una grandiosa renovación de la Escolástica, por obra de los dominicos y jesuitas en Salamanca, Alcalá y Coimbra. Así, en las *Commentationes Collegii Conimbricensis in universam Dialécticam* (ed. Lugd. 1622, p. 1 del Proemio) hallamos la siguiente declaración:

«Contra ve ro Chaldaei multis saeculis antequam Graecia vel discere vel docere coepisset, apud se magnarum rerum scientiam extitisse praedicabant. Certe quod olim non apud Graecos tantum sapientia floruerit, et quod non pauci ex iis, quos antiquitas ob singularis doctrinae nomen, tanquam primos scientiarum parentes, venerata est, magna ex parte de Barbaris fuerint, satis constat; quandoquidem ut alios praetereamus, Tales, natione foenix erat Mercurius aegyptius, Zoroastres persa, Atlas lybicus, seu phryx, Anacharsis scitha, Ferecydes syrus: ut plenum sit, quemadmodum in allis ita in eo delirasset Epicurum, quod dixerit, neminem nisi graecum idoneum esse ad philisophandum.»

Declaración semejante hallamos en el mismo Comentario «in octo libros Physichorum» (p. 2).

«Enimvero, ut est a Socrate in Faedone disputatum, nihil tan est homini veritatis lucem cernere cupienti inimicum, quam corporis contagio, et voluptatis illecebra, quae mentem concreta calligine offusam, falsis decipit imaginibus, nec a sensuum turba, et colluvione ad mundi spectaculum et ad rerum naturam perlustrandam egredi sinit. Unde Mercurius ille, cui multiplex rerum scientia Trismegisti nomen dedit, eum, cui ad Philosophiam aspirat, in Asclei pio hortatur, ut corpus, quoad fieri possit, quasi vestem deponat, exuatque hoc inscitiae indumentum; interitus vinculum, vivam mortem, sentiens cadaver, ductile sepulchrum, domesticum furem, cui dum blanditur, odit, dum odit mentem ad terrenam faciem deprimit, coenoque illigat, ne intelligentiam caelitus hauriat. Quoniam igitur hanc a corpore secretionem quasi mortem appetere docet, eaque máxime gloriatur Philosophia; ab hoc tan praeclaro munere, nunc mortis contemplatio, nunc solutio animi a corpore, alias mortis affectus seu consuetudo moriendi dicitur. Plura in hanc sententiam Xenophon lib IV *De Dictis Socratis*, Proclus in libro *De Anima et daemone*, Alcinous in libro *De Doctrina Platonis*, Apuleyus in libro *De Philosophia*.»

He citado, por extenso, esos pasajes porque nos presentan un buen ejemplo de la difusión y popularidad de la pesimista literatura gnómica en el siglo de Montaigne y de Guevara. También Malón de Chaide está saturado de ese espíritu.

Para la investigación del proceso histórico de las ideas que encontramos en la Mística española o en la literatura que trata de ella, sería muy útil, a mi juicio, y sea dicho de paso, el ponerla en estrecho parangón con la Escolástica contemporánea, que aun en aquel tiempo de la Contrarreforma no alcanzó menor nivel que la Mística. Del mismo modo sería muy útil comparar los extensos y profundos estudios de los místicos (13) de aquel tiempo hasta el

fin del siglo XVII con otras obras enormes contemporáneas, principalmente las que tratan de Filosofía moral, por ejemplo, con las obras de un Suárez, Alfonso Rodríguez, Gabriel Vázquez, Azor, Caramuel, para dar algunos de los nombres más conocidos, como también con otros libros prácticos que corrían en manos de los confesores, y que entonces fueron publicados en gran número (14).

Sería interesante en todo caso averiguar qué papel puede haber desempeñado nuestro agustino en la renovación de la filosofía católica, como ya en su tiempo aparece en gran escala entre los alumnos de Francisco Vitoria, Cano, Soto Guevara, etc. (15). Un estudio en ese sentido pertenece, a juicio mío, a una investigación que, como la precedente, trata de encuadrar la figura espiritual en su tiempo, tratándose de un profesor de Teología, sobre quien la investigación realizada hasta hoy ha olvidado todo lo posible, a mi parecer, el verle en su ambiente, para formar de él un cuadro objetivo. Ese reproche vale no sólo para los escritores que han tratado de Malón de Chaide, sino también para la mayor parte de las restantes investigaciones sobre la historia de la literatura y de las ideas. Tan sólo en los últimos tiempos hemos mejorado (16).

Cuando Malón de Chaide contaba alrededor de catorce años, su agudo profesor Luis de León pronunció sus votos religiosos en el convento de Agustinos de Salamanca, el 29 de enero de 1544. Sus principales maestros fueron los dominicos Antonio de Guevara y Melchor Cano. Ganó la cátedra de Sto. Tomás en 1560. No he podido averiguar en las fuentes que tengo a mi disposición el año en que obtuvo la cátedra de exégesis. En todo caso, el joven agustino Malón de Chaide debe haberle escuchado en la cátedra de Durando, mejor que como profesor de clase, como comentador de Tomás de Aquino. Desearíamos tener también otros trabajos doctrinales de ese excelente exégeta, como aquellos que en forma de apostillas defec-

tuosas a sus lecciones sobre la II de Sto. Tomás, q. 23, *De Praedestinatione*, y quizá también sobre la I de Santo Tomás, q. 13 (?), *De Atributis divinis*, ha encontrado Franz Ehrle en el cot. Ottob. 287 (17). También aquí aparecen grandes lagunas en la investigación literaria e histórica que tenemos gran necesidad de llenar. Porque en estas circunstancias, en muchos e importantísimos problemas, hemos de reducirnos a meras conjeturas, o debemos contentarnos con acumular interrogantes, o renunciar a la investigación, lo que tampoco presta utilidad alguna.

Según las anotaciones de Franz Ehrle, puede ser posible que Malón de Chaide haya escuchado junto a Luis de León, a Domingo Soto, y quizá también a Melchor Cano y aun a Sotomayor, el cual ocupó la segunda cátedra de Teología de 1551 a 1560. De hecho, los agustinos de Salamanca frecuentaban, no sólo las lecciones de los profesores que pertenecían a su Orden, sino también las de las Escuelas Mayores, en las que, por lo general, predominaban los dominicos.

CULTURA DEL P. MALÓN DE CHAIDE.

Pierre Groult, en su obra *Los Místicos de los Países Bajos y la literatura española del siglo XVI*, hace notar con razón que cuando se trata de averiguar las fuentes, aun de la Mística española, hemos de atender ante todo a las citas y nombres que se alegan. Sería excesivo el adoptar aquí un método universal, y además quizá fuera imposible reconocer las citas no declaradas ni confesadas, menos aún las simples reminiscencias. Por eso, me limito a la presentación de los pasajes nominalmente citados.

Una ojeada a la lista de nombres citados nos lleva a colocar a nuestro Autor en la serie de los otros místicos españoles contemporáneos suyos. Como han demostrado las últimas investigaciones acerca de la historia de las

ideas y motivos de la Mística española (Etchegoyen, Gault, Hornaert, Grabmann). Sta. Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, Francisco de Osuna y otros más dependen en gran medida de los místicos alemanes, en especial de los flamencos y holandeses. Pero una mirada atenta a las citas de la *Conversión de la Magdalena* nos hace ver que no se citan esos nombres; no parecen aquí Ruysbroeck, Tauler, Suso, ni Mombaer, Herper o Ludolf.

Malón de Chaide aparece como auténtico hombre del Renacimiento, influido en larga medida por los antiguos y por los contemporáneos italianos. Así se cita y traduce una poesía del veneciano Gabriel Fiamma, por entonces famoso a causa de su espiritual libro de cantares. Nombra entre los poetas romanos, a Virgilio, Ovidio, Lucrecio y Juvenal; entre los compiladores de anécdotas, a Valerio Máximo y la *Historia de Alejandro Magno*; entre los griegos, los *Himnos Orficos*, Homero, Esiodo, Teócrito, Acusilao, Demóstenes y Aristófanes. Las numerosas citas de filósofos griegos y latinos nos le presentan en primer término como hombre de su tiempo. Son las autoridades, que colocadas en elevado pedestal, según la costumbre, desde Ficino y Pico, perdieron luego su nimbo tras la época de Malón ante la luz crítica. Sus más estimados maestros son los escritos herméticos, los *Himnos Orficos* y, naturalmente, también el *Seudo-Areopagiy*. Malón de Chaide habla ocasionalmente de la «calumnia de los malditos Juliano el Apóstata y Porfirio»; pero eso no le impide naturalmente utilizar a Macrobio, compilador del último, y en eso no hace más que seguir la costumbre de toda la Edad Media, pues este oportuno conservador de las antiguas tradiciones se encuentra citado siempre, aun, por ejemplo, en Buenaventura y Tomás de Aquino. Ya se sobreentiende la notable autoridad que por su antigüedad oscura tienen los himnos órficos, así como también el Hermes-Mercurio; es decir, quizá tan sólo el *Asclepius*,

traducido dentro del *Corpus* de Apuleyo, y que hoy está sometido a un más atento estudio.

Pero junto a ellos tienen también alto predicamento en nuestro autor Platón y Plotino y luego Aristóteles, como lo demuestran las citas bastante numerosas, singularmente del primero. Conoce, además, a Galeno e Hipócrates, Filón y Plutarco, Plinio el Viejo y Séneca, Zenón y Teofrasto. Todos esos nombres hablan claro de un lenguaje para determinar el criterio de una parte del clima espiritual en que se ha desarrollado la obra que va a tratar de la Conversión de la Santa María Magdalena en idioma vulgar (18).

Pero junto a esto aparece también el teólogo culto: el gran papel que Agustín ha desempeñado en la teología en todos los tiempos aparece en el extraordinario número de citas de sus escritos. Junto a él, constatamos un buen conocimiento de la Patrística griega: Ignacio Clemente de Alejandría, Cirilo de Alejandría, Eusebio, Juan Crisóstomo, Gregorio Nacianceno, Juan Clímaco y Máximo el Confesor; todos ellos puramente ortodoxos. En cambio, ninguna huella manifiesta se halla de Orígenes, mientras que en el apéndice alaba en los más altos tonos, ya tradicionales, sus *Homilias*, y las agrega en traducción española.

De los PP. latinos encontramos junto a Agustín: Lactancio, Ambrosio, Jerónimo, Hilario de Poitiers, Gregorio Magno, los poetas Prudencio y Fortunato. De los escolásticos, aunque menos veces, aparecen Anselmo de Canterbury y Tomás de Aquino. Una vez aparece Francisco de Asís. Nunca, Abelardo, S. Bernardo, Los Victorinos, Guillermo de St. Thierry o Buenaventura. Una tan extensa laguna de nombres tradicionales y autorizados en esta materia en un tan culto teólogo demuestra, a mi entender, claramente el fundamental cambio de los tiempos. Eso no se explica por la sola influencia del Humanismo. En la teología se descubre también un creciente apartamiento (o descono-

cimiento ?) de los Doctores, una vuelta y adhesión a los Padres. Y esto aún en la España de la plena Contrarreforma, a pesar del neotomismo suscitado con fuerza en Coimbra por los jesuítas. Provisionalmente dejamos en suspenso el problema de si nuestro Autor constituye una excepción.

La explicación del Génesis 15, y del Salmo 138, 21, demuestra que para la explicación de los lugares difíciles de la Biblia se utiliza, de cuando en cuando, a mi parecer, la gigantesca obra bíblica del agudo providente y notabilísimo pensador Nicolás de Lyra. Citando por la liturgia eclesiástica, nos da además una estrofa del himno «Lauda, mater Ecclesia», de S. Odón de Cluny.

En cambio, no menciona una sola palabra de sus contemporáneos, de un místico como Osuna, aunque sin duda alguna los conoce; ni siquiera cita a su maestro, cuyos *Nombres de Cristo* recuerda con grandes alabanzas en el prólogo a los lectores. No parece hacerse cargo de la intensa y profunda vida espiritual que le rodea, fuera de una nota característica, que deja caer sobre la no muy limpia vida de los grandes herejes extranjeros, por ejemplo, Enrique VIII de Inglaterra (19).

La impresión que en definitiva recibimos de su obra es que vive totalmente para sí, en su dulce, aunque severa ascesis, ascesis que está muy lejos de toda manifestación patológica. Malón de Chaide es, en suma, un linaje de hombre que oficialmente no puede acomodarse a nuestro mundo. No puede resultarnos simpático porque sólo conoce dos cosas, que sean para él de importancia, aunque sin duda son de fundamental y vital importancia: una interna, la relación de su alma con Dios y el problema candente de la salvación; otra externa, que sirve para aclararla: la Antigüedad profana y cristiana, la tradición. Es otra dirección poco simpática para nuestro tiempo, tan prepenso a prescindir de la tradición.

CONTENIDO DE LAS NOTAS

(1) Es una lástima que el Dr. Langenegger no haya podido consultar *El Misticismo Ortodoxo*, del P. Marcelino Gutiérrez, donde se expone la teoría y se hacen aplicaciones a los místicos españoles del siglo XVI, entre ellos a Malón de Chaide. Cfr. Augusto Ortega. *Razón teológica y Experiencia mística*, Madrid, 1944, pp. 18-28. (N. del T.)

(2) Es muy lamentable que el autor de la tesis no haya podido consultar ese trabajo. En él se estudian todos esos aspectos que tanto echa de menos Langenegger. Le hubiera bastado hacer algunas aplicaciones a Malón de Chaide para trazar ese cuadro general que el autor desea.

(3) Tercera laguna imperdonable. Langenegger no ha podido consultar la Biblioteca Ibero Americana del P. Gregorio de Santiago. El volumen V, en que se contiene el artículo dedicado a Malón de Chaide, fué publicado en 1920. Sin duda no llegó a conocimiento de Langenegger. De ella nos serviremos para completar un tanto esta tesis.

(4) La fecha de nacimiento es una afirmación gratuita (B. I. A., V, página 97). Más bien debió nacer hacia el 1540. Sus padres fueron Juan Malón y Graciána Zapata. Profesó en manos del P. Subprior Francisco Muñoz. Es cierto que recibió lecciones de Fr. Luis de León y del P. Guevara (B. I. A., I, c.)

(5) Desde 1569, por lo menos, residió como Lector en el convento de Burgos. En 1572 fué designado para defender unas conclusiones *De Incarnatione* en el Capítulo de Valladolid. Había de presidir la fiesta académica el famoso P. Gudiel, quien al llegar a Valladolid fué preso por la Inquisición. El hecho de que los inquisidores se fijasen en las Conclusiones, atribuyéndoselas al P. Gudiel, y la impresión que esto hubo de causar al P. Malón, le hubiesen venido de perlas a Langenegger. Ello demuestra al mismo tiempo su celebridad, a la que él mismo se refiere en su obra: «por qué razón después de mis estudios acabados y habiendo tenido por tiempo de algunos años, tan continuos ejercicios, así de lectura de la Sagrada Escritura en diversas universidades, como de sermones en muchos púlpitos, y por la misericordia de Dios con gran aplauso y acepción». (*Conversión de la Mag. Dedicatoria*.) El P. General que giraba la visita cuando el P. Malón estaba de Prior en Barcelona, consigna en su *Itinerario* que había oído predicar al P. Malón: «Prior Fr. Petrus Malón, concionator celeberrime». Así escribe. De todos modos, en ese mismo año 1572 o poco después, pasó a la Provincia de Aragón. Desde el 1575 al 1577 fué Prior del convento de Zaragoza. El P. General le otorgó en 1582 el título de Maestro. En 1583, siendo Definidor de Provincia, se graduó como Maestro de Teología en Zaragoza y recibió una cátedra en dicha Universidad. Poco después obtuvo la de Biblia. Debió también enseñar en Huesca, puesto que él no habla de diversas universidades. Desde luego, en 1584 y siguiente, estaba en Huesca. En 1586 fué nombrado Prior de Barcelona (B. I. A., I, c.)

(6) Descansan sobre el *Protocolo y Nota de Martín Español*, citado por Camón y Tramullas en sus *Memorias literarias de Zaragoza* (B. I. A., página 92).

(7) Dice Pfandl, en su *Literatura Española*, refiriéndose a Malón: «... un discípulo de Fray Luis de León, no sólo en el presbiterado y en la erudición, sino también en la poesía lírica (p. 150).

(8) La obra se publicó en 1588, en Barcelona, un año antes de morir el

autor. Probablemente hubo otra en Alcalá en 1590. La de Barcelona de 1598 parece no haber existido (B. I. A., pp. 94-98).

(9) La noticia se refiere al P. Jerónimo de Saona, que publicó unos *Discursos predicables*, obra gemela de la *Conversión de la Magdalena*, y una *Hyerarquía celestial y terrena*, siguiendo el mismo método que Malón nos da para su *Libro de todos los Santos*. El P. Saona nos avisa de que utilizó obras ajenas por creer que no debían quedar en el olvido (B. I. A., l. c.).

(10) Ignoramos la fuerza de esas observaciones de Langenegger. Pero hemos de advertir que Malón «fué de los primeros en dar la mano a nuestro lenguaje postrado», y hasta se antepone en eso a los *Nombres de Cristo*, «en cuyo principio hallé casi las mismas palabras que muchos años antes yo había escrito a este propósito... y pues es cierto que las escribí yo años antes, no dejaré de ponellas». Los *Nombres de Cristo* se publicaron en 1583. También nos asegura Malón que su manuscrito llevaba durmiendo muchos años.

(11) Véase la nota 8.

(12) Ambos aspectos son estudiados por el P. Marcelino Gutiérrez, aunque sería muy oportuno el volver a estudiar el asunto con los muchos datos aportados por estudios posteriores y documentación fehaciente que es abundantísima. Cfr. notes primera y segunda.

(13) Cfr. Nicholson, *Selected Poems from the Divani Shamsi*, Tabriz, Cambridge, 1889.

(14) Como principio heurístico, y prescindiendo de una más concienzuda interpretación de Eckhart, deberíamos preguntarnos si, por lo menos las fuentes principales de la herejía de los Alumbrados, no habrán de buscarse en España, especialmente mirando al pasado islámico en lugar de recurrir siempre a la escuela de Eckhart, como hacen Menéndez y Pelayo, Cerdor, Hornaert y Groult. Cfr. Groult, p. 162 ss.

He aquí otra omisión imperdonable. Langenegger no ha visto las obras de Asín Palacios. Dice Asín: «si dirigimos la mirada al medio geográfico e histórico de la España del siglo XVI en que nuestro problema se plantea, la inverisimilitud (de leer textos arábigos) tiende a disiparse. Por todo el área del suelo español vive un copioso número de moriscos recién convertidos... Entre los «alumbrados» de Andalucía y Castilla no faltarían quizá quienes también lo fuesen. Los procesos de Inquisición, explorados con este propósito, ayudarían a esclarecer el problema. El «quietismo», tan vecino del «dejamiento», es en la mística *sandili* un peligro contra el cual levantaron su voz los *sufies* de la escuela española, lo mismo que contra el de los «alumbrados» San Juan de la Cruz». (Huellas del Islam. Madrid, 1941.) No olvidemos la cantidad de libros que se quemaron en público holocausto en Granada y otras partes...

(15) ¿Qué puesto ocupa nuestro autor en el mundo de los teólogos y filósofos de su tiempo? No pudo aducir sino información defectuosa, lo que no es de extrañar dada la falta de trabajos especiales y objetivos fundados en documentación de archivo. Hasta hoy no he podido llegar a las fuentes primarias, es decir, ibéricas. El problema afecta en primer término a las bibliotecas de Madrid, Salamanca, Escorial, Zaragoza, quizá también Huesca, y luego a los archivos de la Orden. Sólo así apreciaríamos la herencia tradicional que él tuvo a su disposición y si utilizó a los místicos y escolásticos alemanes en tan extensa medida como los otros místicos españoles de su tiempo. Así han procedido Etchegoyen (*L'amour divin*), Groult

(*Les Mystiques des Pays-Bas*), sobre motivos históricos, y Grabmann (diversas comunicaciones a la Academia de Munich) con documentos de archivo hasta obtener la mayor probabilidad posible.

El P. Marcelino Gutiérrez equipara a Malón de Chaide con Juan de los Angeles y con Fonseca. Cfr. *Fr. Luis de León y la Filosofía del siglo XVI*, páginas 92, 105, 193, y en *El Misticismo ortodoxo*, págs. 144-160. El deseo que a continuación expresa Langenegger está en parte cumplido con los estudios del P. Marcelino Gutiérrez, aunque esos estudios están clamando por una revisión a la luz de otros trabajos más modernos y otras averiguaciones de archivo, nuevamente publicadas.

(16) Véase la advertencia a la nota anterior.

(17) Están publicadas las obras *Latinas de Fr. Luis de León*, que satisfacen plenamente a ese deseo. Por lo demás, cada día siguen hallándose nuevas copias de las lecturas de clase.

(18) «Malón de Chaide, no satisfecho de haber reproducido literalmente las apreciaciones de Marsilio Ficino sobre la hermosura, y con las apreciaciones de Marsilio Ficino, las de Platón y su escuela, promete con desenfado, ciertamente poco común en los místicos, no perder de vista en su exposición de las sublimidades de la contemplación mística, el sentir de Platón, Plotino y otros sabios de la antigüedad que tocaron estas materias.» P. Marcelino Gutiérrez, *El Misticismo Ortodoxo*, pág. 241. Las palabras, a que se refiere el P. Marcelino son estas: «yo seguiré, en lo que dijere, a los que mejor hablaron en esta materia, que son Hermes, Trismegisto, Orfeo, Platón y Plotino». La Conv. de la Magd., pág. 342.

(19) No he podido comprobar si ese Abdalá Saraceno es el intermedio del Pseudo-Empédocles Mohammed Ibn 'Abdallah Ibn Mesarra, que vino a España hacia el 900, ó Abu «Alí al-Hosain Ibn Abdallah Ibn Sina (Abicenna).